**La tumba vacía.**

“Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto” (Jn 20,15)

“Todo está guardado en la memoria sueño de la vida y la historia. **La memoria despierta para herir a los cuervos dormidos que no la dejan vivir”** León Gieco.

Hoy 30 de Agosto, día internacional de los detenidos desaparecidos, esta exigencia humana de no olvidar nos grita con la fuerza de lo imborrable, ella no sólo nos habla de nuestro presente, sino que nos hace herederos de un pasado, tan antiguo como los primeros relatos de la Biblia, cuando Yahveh le pregunta a Caín, ¿Dónde está tu hermano?, ante la respuesta de él, Dios le responde, “la sangre de tu hermano me grita desde la tierra” (Gn 4, 9- 10)

Esa tierra que clama y grita la seguimos encontrando en los sitios abandonados, ocultos entre los desiertos, matorrales, mares. Cruces sin nombres, fosas sin dueño, tierra que era sagrada es perpetrada por el hombre para depositar ahí los asesinatos y las violencias ejercidas, con el fin no solo de ocultar, sino que seguir perpetrando las muertes de aquellas y aquellos que buscan en vida.

En nuestro cuerpo cohabitan distintas **tierras**, países, lugares, distintas muertes, distintos momentos. Pareciera que no se nos hace extraño escuchar a mujeres buscando los cuerpos de aquellas y aquellos que no volvieron más. Ya no sólo responde a la vulneración de los derechos en nuestras dictaduras donde se arrasó con la vida, sino que es de nuestro tiempo, donde la pobreza, las condiciones de marginación y de vulnerabilidad, donde además el ser mujer se convierten en una posibilidad real de perder la vida.

Nos encontramos ante la violencia ejercida, sin deseo de justicia por los gobiernos de turno, vemos casas, calles, poblaciones, ciudades, territorios inmensos marcados de un luto que embarga los corazones, y a la vez luces de pobres velas que, en su pequeño vaivén al ritmo del viento, nos recuerda que Dios es el primero en la Biblia en gritar por aquellos que han desaparecido, Dios busca justicia.

Y así llegamos hasta el evangelio de Juan, los tres evangelios anteriores, en la parte final de sus escritos, en el acontecer de la resurrección, colocan el papel principal de las mujeres hacia el encuentro del cuerpo torturado de Jesús. Creo que este relato, como muchos en los que hablamos de las mujeres esta idealizado y no logramos ahondar en lo estremecedor que se relata en las líneas que ahí encontramos.

Hasta el último momento las mujeres permanecieron a los pies de la cruz, ellas se quedaron y no sólo eso, en medio de los peligros de lo que significaba ser denunciadas, se levantaron, como dicen los textos, “muy de madrugada” en camino hacia el sepulcro. Seguramente las tensiones en el lugar en el que se encontraban deben haber sido tremendas, pero ¿qué es lo que mueve a las mujeres? ¿Sólo es el cumplimiento del rito? ¿Qué habrá pasado en los cuerpos de María y de las demás, cuando al llegar al sepulcro se dieron cuenta que la tumba estaba vacía? Hoy sabemos que es el indicio de la resurrección, pero en ese momento, ¿qué habrá pasado en ellas cuando se dieron cuenta que el cuerpo del Maestro no estaba?

 La desesperación es total, la pregunta es desgarradora, **“Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto”.** ¿Qué une a esas mujeres, con las mujeres de hoy? ¿Qué nos hace hermanas?, ¿qué hace que nuestros cuerpos se encuentren? Ambos grupos buscan, en la desesperación más absoluta los cuerpos desaparecidos, extraviados, mutilados, torturados. Las palabras de las mujeres siguen siendo gritos de Dios, Ana González, madre y esposa de detenidos desaparecidos nos dice; “**Mis lágrimas las convertí en lucha**. Luchaba primeramente por rescatarlos con vida, y después seguir sin llorar para saber dónde estaban, qué había sido de ellos, y quiero llorar, llorar a mares, pero cuando sepa la verdad, cuando haya justicia”, y las palabras de Marisela Escobedo, en la búsqueda de su hija nos grita; “Mi nombre es Marisela Escobedo Ortiz, madre de Rubí Marisol Frayre Escobedo, y **le he perdido el miedo a todo**”

Lucha, justicia y pérdida de miedo. El dolor hermanado en nuestros cuerpos nos hace salir a la búsqueda de aquellas y aquellos que el poder nos ha arrebatado. Las mujeres del evangelio sienten que les han quitado todo lo que les quedaba, porque como a muchas otras les hemos escuchado, ni siquiera hay un cuerpo donde pueda despedirme y darle sepultura. Estas palabras se han hecho tan repetidas, conocidas, que las guardamos en lo profundo del corazón. Las desapariciones son la violencia desgarrada de un poder torcido que ha perdido toda conciencia de humanidad. Estas mujeres, las de nuestra hora, y María Magdalena, María la de Santiago, Salomé, son aquellas que nos recuerdan el mandato evangélico de Jesús en el monte, en ellas cada bienaventuranza se hace realidad, la pobreza, los anhelos de justicia, las lágrimas, la persecución. Ellas, son las benditas de Dios. Y aun en medio de esas búsquedas, con algunas que encuentran los cuerpos y otras que no, Dios les hace justicia. A la luz del evangelio de Lucas, resuena en nuestro corazón; ¡Ay de los que ríen ahora! ¡Ay de los que gozan del poder! Porque tendrán aflicción y llanto (Lc 6;25)

“Dirá el Rey, en verdad les digo cuando le hicieron esto a cada una de mis hijas, a cada uno de mis hijos queridos. Cuando mataron, torturaron, hicieron desaparecer, a mí me lo hicieron. Y ustedes hijas e hijos míos por haberme buscado, por haber llorado por mí, por haber estado en medio de las fosas, por gritar cada día justicia, por las personas que amaban y las que no conocían pero que en su corazón las hicieron suyas, yo les diré, vengan conmigo, porque cada vez que lo hicieron, me lo hicieron a mí.”

 **María José Encina Muñoz**

**Hermana Comunidad Adsis Uruguay**